

Más vivo que nunca

Que apasionante saber que en una época en que el cuerpo, el dinero y uno que otro anti valor se hacen imposibles de evitar al momento de escoger una buena canción pasar por ese peligroso camino de la música exitosa pero efervescente, esa que despierta un extraño movimiento involuntario de los pies a la cabeza, pero que luego de un tiempo es fácil de olvidar, aún puedo refugiarme en un riff de guitarras o un solo de piano de los que no tienen ni la menor idea los ídolos de este tiempo.

Está más vivo que nunca, el fabuloso estilo del Rock, ese que sin tener una seductora coreografía genera la necesidad de movernos al ritmo de la libertad, tal vez con la llegada del siglo XXI algunos pensaron que lo que escuchamos 30 o 40 años atrás sería difícil de superar o al menos igualar.

Hoy la industria muestra un ímpetu renovado pero bien asentado en el pasado que lo hace ver como el coloso género que no debimos dejar en la sombra de los nuevos sonidos con que me resisto a someter a mi descendencia.

Ver con temor a los grandes ídolos que marcaron instantes especiales en nuestra vida por su frágil humanidad que puede terminar en cualquier momento, me hace pensar y entender al mismo tiempo que nuestro lugar aquí en la tierra es prestado, pero al menos podemos decidir la banda sonora que queremos escuchar, a veces psicodelia, otras grunge pero finalmente única y exclusivamente nuestras.

Así lo sentí cuando en el Coliseo el Campin se enmudeció al final del recital del que para muchos es considerado como el padre del rock en español, Charly García.

Unas veces odiado, señalado, pero en su mayoría amado, este genio del piano produjo en mí un extraño vacío que supongo experimentaron cerca de 5 mil personas más cuando anunciaron su ausencia producida por ataque cardiaco, una descompensación por motivo de la altura producida por la altura de Bogotá, recordé sin querer ese antecedente de Gustavo Cerati que hoy después de casi 2 años lo tiene casi inerte en una cama.

Una noticia como esa, seguida de la cancelación del show pudo causar una asonada, una estampida enfurecida, pero el resultado fue todo lo contrario a lo que cualquiera pensaría de una muchedumbre que pago una costosa entrada y no recibió lo prometido.

La ira se volvió angustia y tristeza generalizada, muchas lágrimas y miradas al cielo negando la realidad, formando un ambiente que evocaba la canción Rezo por vos, Charly García estaba en el lugar, estaba en cada una de las gargantas que entonaron esta y las cientos de canciones del genio argentino.

Saliendo del coliseo, ríos de gente lloraban, reían y cantaban, a medida que aumenta la velocidad del recorrido pasan uno a uno cada disco, canción por canción y siento al ritmo del andar la movida composición "Funky".

Luego de recordar casi toda su inmensa discografía me sentí satisfecho al haber puesto una banda sonora a la ira, fuerza, esperanza, pasión y tristeza que he sentido en más de 20 años de vida y puedo pensar que si faltara Charly algún día, experimentarí una amputación emocional para siempre, pero al mismo tiempo me tranquiliza saber que pude conocer la energía del rock, de la música, en un personaje que me hace sentir más vivo que nunca.

Por Fernando Guasca